

arrancaban tiras de carne. Insensiblemente fué cambiando de sonido el ruido de los golpes: de agudo que era al principio se convirtió en sordo, como si cayeran encima de lodo; cuando terminaba ya la ejecución se vieron los soldados en la necesidad de distraer una mano de su tarea, para preservar su cara del rocío de sangre y de las partículas de carne que saltaban á cada descarga.

Exactos observadores de su consigna, se detuvieron á los veinticinco golpes. Leclerc no había arrojado un grito ni proferido una queja.

Un soldado recogió su espada y la envainó tranquilamente, mientras que el otro cortaba con la suya la cuerda entre las ramas y las manos del paciente.

Luego que la hubo cortado, Perrinet, que permanecía de pie porque ella le sostenía, cayó, mordió la tierra y se desmayó.

## XIX

## El derecho de vida ó muerte.

Un mes después de lo que hemos referido en el anterior capítulo, grandes acontecimientos tenían lugar alrededor de París.

Nunca había amenazado tan de cerca á la monarquía francesa una ruina más completa que en aquel momento: tres bandos devoraban el reino, y cada cual procuraba sacar el mejor partido posible.

Enrique V, rey de Inglaterra, acompañado de los duques de Clarence y de Gloucester, sus hermanos, había, como hemos dicho ya, desembarcado en Touques, Normandía; inmediatamente atacó el castillo de este nombre, que después de cuatro días de combate capituló, y en seguida puso sitio á Caen, que defendían dos señores de mérito y de

nombradía, Lafayette y Montenais; pero su obstinada resistencia solo sirvió para que la ciudad fuese tomada por asalto.

El recuerdo reciente de las victorias de Honfleur y de Azincourt, uniéndose á la noticia de estas, sembró la consternación en Normandía; mas de cien mil personas emigraron refugiándose en Bretaña; y el rey de Inglaterra para conquistar Harcourt, Beaumont-le-Royer, Evreux, Falaise, Bayeux, Lisieux, Coutances Saint-Lo, Avranches, Argentán y Alenzón, solo tuvo necesidad de presentarse delante de aquellas ciudades, ó de enviar destacamentos. Cherbourg solo, defendido por Juan de Angennes, le detuvo más tiempo al pie de sus murallas que todas las ciudades juntas que hemos citado; pero esta ciudad se rindió también y con ella toda la Normandía cayó bajo la dominación de Enrique V de Inglaterra.

La reina y el duque ocupaban Champaña, Borgoña, Picardía y una parte de la Isla de Francia: Senlis estaba por los borgoñones; y Juan de Villiers, señor de Ile-Adam, que mandaba en nombre del rey en Pontoise, resentido con el condestable porque le trataba con demasiada altivez, entregó aquella ciudad, situada á pocas leguas de París, al duque de Borgoña, quien inmediatamente

mandó á ella un refuerzo de tropas suyas, conservando en el mando á Ile-Adam.

El resto de la Francia, en que mandaba el condestable en nombre del rey y del delfín, no se encontraba tampoco en disposición de resistir por mucho tiempo á sus enemigos, porque el conde de Armañac, precisado á reconcentrar todas sus tropas en la capital del reino, no había podido ejecutar este movimiento sin que los menestrales de la ciudad y los paisanos de las inmediaciones no hubiesen experimentado las mayores vejaciones con el tránsito y permanencia de los soldados, que careciendo de pagas y de víveres, vivían á costa suya. El descontento era general, y el condestable tenía motivos para temer tanto á sus soldados como á sus enemigos.

El duque de Borgoña, conociendo que no podía apoderarse de París por la fuerza, trató de sacar partido del descontento general que el condestable había levantado contra el gobierno del rey y de entrar en relaciones con la plaza. Algunos agentes que le eran fieles entraron disfrazados en la ciudad, y se formó una conspiración para franquear la puerta de Saint-Marceau. Un eclesiástico y algunos menestrales que vivían en aquellas inmediaciones, habían mandado hacer una llave falsa y enviado un

mensaje al duque para convenir en el día y en la hora de la empresa. Éste comisionó á sire Hector de Saveuse, que ya le había dado, al libertar á la reina de Tours, una prueba terminante de su habilidad y valor, y con seis mil hombres se puso en marcha para sostenerle. •

Mientras que este ejército avanza silenciosamente para tentar tan arriesgado golpe, introduciremos al lector en la sala principal del castillo de Troyes, en Champaña, donde tiene la reina su corte rodeada de la nobleza borgoñona y francesa.

El que la viera sentada en un sillón dorado en aquella cámara gótica, en la que se había desplegado todo el lujo de la casa de Borgoña; quien la viera, digo, sonreirse con uno, alargar graciosamente su hermosa mano á otro y dirigir algunas palabras de amabilidad á un tercero; y quien, descendiendo al fondo del corazón de aquella orgullosa princesa leyera los sentimientos de odio y de venganza que la trastornan, se asustaría seguramente del combate que debía sostener para encerrar tantas pasiones en su seno y para que su frente serena presentase con ellas un contraste tan sorprendente.

Ese caballero joven que está de pie á su derecha, y al que dirige la palabra con más frecuencia por

ser el último que ha llegado á su corte, es sire Villiers de Ile-Adam. También oculta ese guerrero, bajo una sonrisa graciosa, proyectos de venganza y de odio que ya empezó á poner en ejecución, entregando al duque de Borgoña la ciudad que le estaba confiada. Como el duque pensó que habiendo sido traidor una vez, podría serlo dos, no quiso que le acompañase al golpe de mano que iba á dar á París, y le dejó al lado de la reina ocupando un puesto honorífico.

Á cada lado de ella algo hacia atrás, apoyándose respetuosa y al mismo tiempo familiarmente en el dosel de su silla, hablan á media voz siguiendo una conversación particular, nuestros antiguos conocidos sire Giac y sire de Graville, quienes habiendo satisfecho su rescate, pudieron volver á ofrecer á su hermosa soberana su amor y sus espadas. Tantas veces como les dirige sus miradas, otras tantas se obscurece su frente, porque eran los hermanos de armas del caballero de Bourdon; y el nombre de ese desgraciado joven pronunciado con frecuencia por ellos, le parece un eco doloroso é inesperado de la voz que le pide venganza en el fondo de su corazón.

Á su izquierda y á los pies de las gradas que levantan el real sillón como si fuera un trono, el

barón Juan de Vaux refiere á los señores de Chateaux, de Lan y de Bar, cómo con su pariente Hector de Saveuse han sorprendido, algunos días antes, en la iglesia de Nuestra Señora de Chartres á sire de Jacquville, cuya muerte habían jurado, y cómo para no manchar con su sangre el mármol del altar, le arrastraron fuera de la iglesia; y allí, á pesar de sus súplicas y de haberles ofrecido cincuenta mil escudos de oro en rescate, le hicieron profundas heridas, de cuyas resultas pereció á los tres días.

Detrás de cada uno de estos caballeros, y en línea circular, se hallan un sinnúmero de pajes ricamente vestidos, con los colores de sus amos ó con los de las damas de éstos, hablando también, pero mucho más bajo que ellos, de amor y de casa.

En medio del ruido general que producían todos aquellos cuchicheos, levantábase de vez en cuando la voz de la reina. Todos callaban entonces, y todos escuchaban la pregunta que ella dirigía á uno de los señores que allí se hallaban y la contestación que éste daba. Luego seguía su curso la conversación general.

— ¡Aseguráis, sire de Graville, dijo la reina dirigiéndose al señor de este nombre, aseguráis que nuestro primo de Armañac ha jurado por la

Virgen y por Cristo no llevar mientras viva la cruz encarnada de Borgoña, que Nos, su soberana, hemos adoptado como signo de reunión de nuestros valientes y leales defensores?

— Son sus propias palabras, señora.

— ¡Y no se las habéis sumergido en la boca con el puño de vuestra espada ó de vuestro puñal, sire de Graville? dijo Villiers de Ile-Adam con un tono, en el que se traslucía algún tanto de envidia.

— En primer lugar, no tenía puñal ni espada, puesto que era su prisionero, señor de Villiers; y un guerrero tan valiente no deja, por más bravo que uno sea, de infundir cierto respeto á quien se encuentra frente á frente con él. Además, sé que he dirigido palabras más fuertes todavía que las que acabo de referir á otro, que llevando espada y daga, no se atrevió á poner en ejecución el consejo que hoy da con una audacia, á la que la ausencia del condestable debe rebajar su mérito á los ojos de nuestra real soberana.

Sire de Graville se puso á hablar tranquilamente con Giac.

Ile-Adam hizo un movimiento, que la reina detuvo.

— ¡Y no podemos obligar al condestable á que falte á su juramento, sire de Villiers? dijo Isabel.

Escuchad, señora, respondió He-Adam: juro como él por la Virgen y por Cristo no comer pan á manteles, ni dormir en cama, hasta que haya visto por mis propios ojos llevar al conde de Armañac la cruz encarnada de Borgoña; y si faltó á mi juramento, no tenga Dios misericordia de mi alma ni en este mundo ni en el otro.

— Sire de Villiers, dijo el barón Juan de Vaux volviendo la cara y mirándole irónicamente por encima del hombro, hace un juramento que sin gran trabajo podrá cumplir, porque es muy probable que antes que tenga sueño y apetito sepamos esta noche que el duque de Borgoña ha entrado en la capital; y sucediendo esto, se tendrá el condestable por muy feliz con presentar, puesto de rodillas, las llaves de sus puertas á la reina.

— Dios os oiga, barón, dijo Isabel de Baviera. Ya es tiempo de que este hermoso reino de Francia goce de paz y tranquilidad; y estoy muy satisfecha de que se haya presentado la ocasión de apoderarnos de París sin correr los riesgos de un combate, en el que vuestro valor nos aseguraba, á no dudar, la victoria, pero en el que también cada gota de sangre que derramada hubiera salido de las venas de uno de mis vasallos.

— Señores, dijo Giac, ¿cuándo hacemos nuestra entrada en la capital?

En aquel momento se oyó un gran ruido parecido al que produce una tropa considerable de hombres á caballo que van á galope. Pasos precipitados resonaron debajo del peristilo; abriéronse las dos puertas de la sala; un caballero armado de pies á cabeza, cubierto de polvo y con la coraza abollada, avanzó hasta en medio de la sala y arrojó con una blasfemia su casco ensangrentado encima de una mesa.

Era el duque de Borgoña.

Todos los que allí se hallaban dieron un grito de sorpresa, y su palidez los heló de terror.

— ¡Vendidos! dijo golpeándose la frente con sus manos cubiertas con manoplas de hierro, ¡vendidos por un miserable manguitero! ¡Ver París, tocarle! ¡París, mi ciudad, estar á media legua de ella, tocarla con la mano y malograrse mi empresa! ¡malograrse por la traición de un manguitero, que no ha tenido un corazón bastante grande para encerrar un secreto! ¡Sí, sí, señores! ¡me miráis con sorpresa! ¡Creeríais que estaba ya llamando á las puertas de los palacios del Louvre ó de San Pablo! Pues no; ¡yo, Juan de Borgoña, llamado Sin miedo, he huído! Sí, señores, ¡he huído, y

he abandonado á Hector de Saveuse, que no pudo hacer otro tanto! ¡ y he dejado en la ciudad hombres cuyas cabezas caen en este momento gritando : ¡ *viva Borgoña!* y no puedo socorrerlos !  
 ¡ Comprendéis señores ? Muy horrible debe ser la revancha que tomemos, y la tomaremos, ¿ no es verdad ? Cuando llegue la nuestra no dejaremos descansar al verdugo, y nos reiremos cuando veamos caer las cabezas que griten ¡ *viva Armañac!*  
 ¡ Oh ! ¡ maldito sea el condestable ! ¡ Ese hombre me volverá loco si no lo estoy ya !

El duque Juan soltó una carcajada horrible, dió media vuelta oprimiendo el suelo debajo de sus pies, y arrancándose los cabellos, fué á rodar más bien que á sentarse en las gradas del sillón de la reina

Isabel, asustada, se hizo hacia atrás.

El duque de Borgoña la miró, sacudiendo la cabeza, cuya espesa cabellera se erizaba como las crines de un león.

— Reina, le dijo, vos tenéis la culpa de lo que está pasando. No hablo de mi sangre (y pasóse la mano por la frente, que una harida había abierto), me queda todavía bastante como veis para echar de menos la que he perdido; hablo de la demás, con la cual engordamos las tierras de las inmediaciones

de París. Y á todo esto, ¡ Borgoña contra Francia, hermana contra hermana ! Mientras que el Inglés llega, ¡ el Inglés, á quien nada detiene, á quien nada combate ! ¡ Oh ! ¡ muy insensatos somos, señores !

Todos comprendían que el duque estaba en uno de aquellos momentos de violencia que no admiten consejos, y nadie le interrumpía, porque conocían que recobraría el odio que al rey y al condestable tenía, y que volvería á su proyecto favorito, la toma de París.

— Cuando me acuerdo, continuo, que podría estar ahora en el palacio de San Pablo donde se halla el delfin, y oír á la población de París, de la que tres cuartas partes cuando menos son partidarias mías, gritar : ¡ *viva Borgoña!* cuando me acuerdo de que vos, mi reina, podríais dar verdaderas órdenes á toda la Francia y firmar verdaderos decretos; que vería á ese infernal condestable pidiendo gracia y misericordia ¡ oh ! esto sucederá, continuó poniéndose de pie, sucederá, ¿ no es verdad, señores ? sucederá porque yo lo quiero.

— Calmaos, duque, dijo la reina. Voy á mandar llamar un médico para que os curé la herida, á menos que no prefiríais que yo misma...

— Gracias, señora, gracias, respondió el duque;

es un arañazo, y ojalá que la de mi valiente Hector de Saveuse no sea de más consideración.

— ¿Ha sido muy fuerte el golpe que ha recibido?

— ¿Lo sé yo acaso? ¿He tenido, por ventura, tiempo para apearme del caballo y preguntarle si estaba muerto ó vivo? No: le vi caer con una ballesta clavada en el pecho como un rodrigón en una viña. ¡Pobre Hector! ¡Es la sangre de Jacquerville que cae sobre él! ¡Messire Juan de Vaux, andad con cuidado! Habéis tenido parte en el asesinato; tal vez la tendréis también en el castigo el día de un combate.

— Gracias, monseñor, dijo Juan de Vaux; pero si así sucede, mi último suspiro será dirigido á mi noble amo el duque Juan de Borgoña y mi último pensamiento á mi noble señora la reina Isabel de Baviera.

— Sí, sí, dijo sonriéndose Juan Sinmiedo, que poco á poco se iba tranquilizando; sé que eres valiente, y que cuando llegue tu último momento, si Dios no quiere recibir tu alma, eres capaz de disputársela al mismo demonio y de quedarte con ella, á pesar del derecho que sobre ella le dan tus muchos pecadillos.

— Me arreglaré lo mejor que pueda, monseñor.

— Bien; pero si la reina no tiene algo que mandarnos, soy de opinión que vayamos á descansar, pues mañana quizás no podremos. Es preciso empezar la guerra, y Dios sabe cuándo se acabará.

La reina se levantó, indicando con una seña que aprobaba la proposición del duque de Borgoña; y salió de la sala apoyada en el brazo que le ofreció sire de Graville.

El duque de Borgoña, que le había olvidado ya de lo que acababa de pasar, como si hubiera sido un sueño, los seguía, riendo con Juan de Vaux y manifestándose enteramente insensible al dolor de la herida que abría sobre su frente sus encarnados y sangrientos labios. Detrás de él marchaba Chateux, de Lan y de Bar, y detrás de todos Giac é Ile-Adam, quienes se encontraron en la puerta.

— ¿Y vuestro juramento? dijo Giac riendo.

— Lo cumpliré, respondió Ile-Adam, empezando esta noche.

Salieron.

Algunos minutos después, aquella sala, llena un momento antes de ruidos confusos y de brillantes luces, se convirtió en el dormitorio del silencio y de la obscuridad.

Si hemos logrado dar á nuestros lectores una

idea exacta del carácter de Isabel, conocerán fácilmente que la noticia que Juan de Borgoña le había anunciado, y que destruía todas sus esperanzas, le causó un efecto enteramente contrario al que produjo en el duque; de la sangre fría del combate, había pasado éste último á la cólera de la reflexión, que se había desvanecido tan pronto como pudo evaporarse en palabras. Isabel, por el contrario, había escuchado la relación con la calma calculada de un alma rencorosa, pero política; era hiel y más hiel que caía todavía sobre su corazón lleno ya de hiel, y en el que se aglomeraban tantas pasiones en silencio, ocultas á todos los ojos, para salir de una vez, como salen del cráter de un volcán el día de la erupción, con sus propias entrañas, todos los cuerpos extraños que, en sus intervalos de descanso, arrojó en él la mano de los hombres.

Cuando entró en su habitación estaba pálida, tenía agarrotados los brazos y apretados los dientes. Demasiado agitada para sentarse, demasiado trémula para seguir de pie, agarró con una convulsión nerviosa, una columna de su cama, dejó caer la cabeza sobre el brazo que la sostenía, y oprimido y abrasado el pecho llamó á Carlota.

Trascurrieron algunos segundos sin que obtuviera

contestación y sin que el menor ruido en la cámara vecina anunciara que había sido oída.

— ¡ Carlota ! repitió, dando á su voz una expresión sorda é inarticulada, de modo que esta palabra parecía más bien un grito de amor ó de rabia de una fiera, que una palabra pronunciada por una boca humana.

Casi al mismo tiempo apareció en la puerta, temerosa y temblando, la joven que llamaba; había distinguido en aquel acento la cólera de que estaba poseída su señora y la amenaza que encerraba.

— ¡ Cuántas veces os tengo que llamar ? dijo la reina ; ¿ no me habéis oído ?

— Perdonad, señora, estaba allí... con...

— ¿ Con quién ?

— Con un joven que conocéis, que en otra ocasión habéis visto... y por quien os habéis interesado.

— ¿ Quién es ? ¿ quién es ?

— Perrinet Leclerc.

— ¡ Leclerc ! dijo la reina : ¿ de dónde viene ?

— De París

— Quiero verle.

— Él también quería veros, señora, y deseaba hablaros ; pero no me atrevía...



— Que entre, te digo. ¡ Al instante, al instante !  
¿ Dónde está ?

— Allí, dijo la joven.

Y levantando la tapicería, llamó : ¡ Perrinet Leclerc !

Éste se precipitó en la cámara real : la reina y él se encontraron frente á frente.

Era la segunda vez que iba á tratar de igual á igual á la orgullosa reina de Francia ; y tanto en esta ocasión como en la anterior, á pesar de la diferencia de sus condiciones, los mismos sentimientos los habían reunido desde las dos extremidades de la escala social, con la diferencia que la primera vez fué el amor y la segunda la venganza.

— ¡ Perrinet ! dijo la reina.

— ¡ Señora ! respondió éste mirándola de hito en hito y sin que la mirada de su soberana hiciera bajar la suya.

— No te he vuelto á ver, añadió Isabel.

— ¿ Y para qué nos habíamos de ver ? Vos me dijisteis que si le trasladaban vivo á otra cárcel, le siguiese hasta la puerta ; que si colocaban su cuerpo en una tumba, le acompañase hasta ella, y que muerto ó vivo, viniese á deciros : ¡ *Está allí !* Reina, han previsto que podíais salvar al preso ó desente-

rrar al cadáver, y le han arrojado vivo y mutilado en el Sena.

— ¿ Y por qué no le has salvado ni vengado ?

— Yo estaba solo y ellos eran seis ; dos murieron. Hice cuanto pude ; ahora vengo á hacer más.

— Sepamos, dijo la reina.

— ¡ Ah ! odiáis al condestable, ¿ no es verdad, señora ? ¡ Quisiérais apoderaros de París... y al hombre que os prometiese á la vez entregaros París y vengaros del condestable, le concederíais una gracia !...

La reina se sonrió con una expresión que solo á ella pertenecía.

— ¡ Oh ! ¡ cuanto me pidiera !... ¡ Todo, la mitad de mis días, la mitad de mi sangre ! Pero, ¿ dónde está ?

— ¿ Quién ?

— ¡ Ese hombre !...

— Soy yo, reina.

— ¡ Vos ! ¡ tú ! dijo Isabel admirada.

— Sí, yo.

— ¿ Y cómo es eso ?

— Soy hijo del regidor Leclerc : mi padre guarda por la noche las llaves de la ciudad debajo de las almohadas de la cama ; puedo ir á su casa, abrazarle, sentarme á su mesa, ocultarme en la casa en

vez de salir de ella, y por la noche introducirme en su alcoba, robar las llaves y abrir las puertas.

Carlota dió un ligero grito: Perrinet fingió no oírle y la reina no reparó en ello.

— Sí, es cierto, dijo Isabel reflexionando.

— Y lo haré como lo digo, replicó Leclerc.

— Pero, dijo tímidamente Carlota, ¿y si en el momento que os apoderáseis de las llaves despertase vuestro padre?

Al oír semejantes palabras se erizaron los cabellos de Leclerc, y el sudor corrió por su frente; un momento después llevó la mano á su puñal, le desenvainó y dijo con resolución:

— Se dormiría otra vez.

Carlota dió un grito, y cayó en un sillón.

— Sí, dijo Leclerc, sin notar que su amada estaba casi desmayada, sí, puedo ser traidor, parricida; pero me vengaré.

— ¿Qué te han hecho? dijo Isabel acercándose á él, tomándole la mano y mirándole con la sonrisa de una mujer que comprende la venganza, por más atroz que sea, y por más que cueste.

— ¿Qué os importa, reina? Es mi secreto. Cuanto necesitáis saber, es que cumpliré mi promesa, si cumplís la vuestra.

— Acaba, ¿qué quieres? ¿Amas á Carlota?

Perrinet meneó la cabeza con una sonrisa amarga.

— ¿Necesitas oro? Te le daré.

— No, dijo Perrinet.

— ¿Exiges honores? Si nos apoderamos de París, te doy el mando de la ciudad y te nombro conde.

— Nada de eso, murmuró Leclerc.

— Pues di lo que quieres.

— ¿Sois regente de Francia?

— Sí.

— ¿Tenéis derecho de vida y de muerte?

— Sí.

— ¿Habéis mandado abrir un sello real que confiera vuestro poder al que sea portador de un pergamino sellado con él?

— ¿Y qué?

— ¿Y qué! necesito ese sello al pie de un pergamino, y que ese pergamino me dé una vida, una vida de la que pueda disponer á mi antojo, sin que á nadie deba dar cuenta, y que tenga derecho de disputársela hasta al mismo verdugo.

La reina palideció.

— ¿No será ni la del delfín Carlos ni la del rey?

— No.

— ¿Un pergamino y mi real sello? dijo vivamente la reina.

Leclerc tomó uno y otro de encima de una mesa y se los presentó. La reina escribió.

« Nos, Isabel de Baviera, por la gracia de Dios, regente de Francia : estando encargada del gobierno y administración del reino, cedemos á Perrinet Leclerc, vendedor de hierro en Petit-Pont, nuestro derecho de vida y de muerte en...

— ¿ El nombre ?

— En el conde de Armañac, condestable del reino de Francia y gobernador de la ciudad de París.

— ¡ Ah ! dijo Isabel soltando la pluma, ¿ es para matarle para lo que me pides su vida ?

— Sí.

— Y le dirás, á la hora de su muerte, que me apodero de su París, su capital, en cambio de la existencia del amante que me arrebató. ¿ Se lo dirás ?

— No admito condiciones.

— Ni yo doy el sello, dijo la reina retirando el pergamino.

— Se lo diré, despachad.

— ¿ Lo juras por tu alma ?

— Lo juro por mi alma.

La reina recogió la pluma y siguió escribiendo.

« Cedemos á Perrinet Leclerc, vendedor de

hierro en Petit-Pont, nuestro derecho de vida y de muerte en el conde de Armañac, condestable del reino de Francia y gobernador de la ciudad de París ; renunciando para siempre á toda reclamación del derecho que tenemos en la persona y vida de dicho condestable. »

Firmó y aplicó el sello al lado de la firma.

— Toma, dijo presentándole el pergamino.

— Gracias, contestó Leclerc recibéndole.

— Es una trama infernal, exclamó Carlota.

La joven blanca y pura parecía un ángel al que se obliga á asistir al pacto que celebran dos demonios.

— Ahora, añadió Leclerc, necesito un hombre resuelto con quien pueda concertarme y entenderme, noble ó plebeyo, poco me importa, con tal que tenga poder y voluntad.

— Llama un criado, Carlota.

Carlota llamó, y se presentó un criado.

— Decid al señor Villiers de Ile-Adam que le aguardo al momento y acompañadle hasta aquí.

El criado salió después de haber saludado.

Ile-Adam, fiel á su juramento, se había echado en el suelo envuelto en su capa de guerra, y como estaba vestido, con solo levantarse pudo presentarse á la reina.

Cinco minutos después se encontraba en su presencia.

Isabel le salió al encuentro, y sin contestar á su respetuoso saludo :

— Sire de Villiers, dijo, este joven me entrega las llaves de la ciudad ; necesito un caballero resuelto y valiente á quien confiarlas y me acordé de vos.

Ile-Adam se estremeció, inflamáronsele los ojos, y volviéndose hacia Leclerc le alargó la mano para estrechar la suya ; pero la retiró luego que conoció por su traje la baja extracción á que pertenecía, y su cara recobró la expresión de altivez habitual que le había abandonado por un momento.

Ninguno de sus movimientos se escapó á Perrinet, que permaneció inmóvil con los brazos cruzados mientras que Ile-Adam le alargó la mano, y lo mismo cuando la retiró.

— Guardad vuestra mano para herir al enemigo, sire de Ile-Adam, le dijo sonriéndose, aunque tengo derecho á tocarla, porque lo mismo que vos vendo á mi rey y á mi patria. Guardad vuestra mano, señor de Villiers, aunque seamos hermanos de traición.

— Joven, exclamó Ile-Adam...

— Bien, hablemos de otra cosa. ¿ Me respondéis de quinientas lanzas ?

— Tengo mil soldados en la ciudad de Pontoise, de la que soy gobernador.

— La mitad de esa tropa es suficiente, con tal que sea valiente. La introduciré con vos en la ciudad, y con esto habré llenado mi misión.

— Me encargo de lo demás.

— ¡ Pues bien ! no perdamos momento ; marchemos, y en el camino os instruiré de mis proyectos.

— ¡ Valor, señor de Ile-Adam ! dijo Isabel.

Ile-Adam dobló una rodilla, besó la mano que la reina le alargaba y salió

— Acordaos de vuestra promesa, Perrinet. Que sepa antes de morir que yo, su mortal enemiga, soy la que le arrebató París en cambio de la vida de mi amante.

— Lo sabrá, respondió Leclerc guardándose en el pecho el pergamino y abrochándose la ropilla.

— Adiós, Leclerc, dijo á media voz Carlota.

Pero el joven no la oyó, y sin contestarla se precipitó fuera de la habitación.

— Guéelos el infierno con tal que tenga buen éxito su empresa, dijo la reina.

— Dios los proteja, murmuró Carlota.

Los dos jóvenes bajaron á la caballeriza: Adam escogió los dos mejores caballos, cada cual ensilló el suyo, le echó la brida y montó en él.

— ¿Dónde encontraremos otros cuando éstos revienten? dijo Leclerc, porque según el paso que vamos á llevar, solo podrán resistir la tercera parte del camino.

— Me daré á conocer á las postas borgoñonas que encontremos, y me proporcionarán todos los que necesite.

— ¡Bien!

Clavaron las espuelas en los ijares de sus caballos, abandonaron las bridas y partieron como el viento.

El que al resplandor de las chispas que hacían saltar en su carrera, los hubiese visto en la obscuridad de aquella negra noche deslizarse lado por lado caballos y jinetes devorando el espacio, y crines y cabellos azotando el aire, habría contado por espacio de luengos años que había asistido al viaje de un nuevo Fausto ó de otro Mefistófeles, que montados en fantásticos corceles, iban á alguna reunión infernal.

## XX.

## Noche de sangre.

No podía haber escogido Perrinet Leclerc mejor ocasión para poner en ejecución el proyecto que había concebido de entregar á París: la exasperación de los habitantes había llagado á su colmo, y todos acusaban al condestable, que cada día era más rígido y cruel con ellos, de desgracias que eran hijas de las circunstancias. Sus hombres de armas atropellaban á los ciudadanos, sin que él les hiciese justicia de aquellos malos tratamientos; desde que el general se vió obligado á levantar el sitio de Senlis, su furor subió de punto con motivo de la derrota. Nadie podía salir de la ciudad; y si alguno lo verificaba por casualidad, á pesar de las órdenes dadas, podía contar con ser robado y maltratado si era descubierto por los soldados; si iba después á quejarse al condestable ó al preboste, le contestaban: Bien hecho está; ¿qué ibáis á